

AGENDA CIUDADANA

LOS ACTORES Y SUS REACCIONES

Lorenzo Meyer

Reacciones de Amplio Espectro.- El siglo XX político mexicano se acabó con sorprendentemente puntualidad, y a nuestro nuevo siglo cronológico le corresponde un nuevo régimen. La histórica derrota del candidato presidencial del PRI abre la posibilidad de dar inicio a una tarea largamente pospuesta: la de construir la democracia política mexicana para, a la vez, pasar a confrontar el auténtico desafío mexicano: reformar nuestra estructura social para dar contenido real al concepto de unidad nacional. Sin un mínimo de solidaridad entre los componentes, no hay nación viable, y en México ya estamos en ese límite. Sin embargo, antes de poner manos a una de tal magnitud, los actores, en particular los partidos, deben asimilar la magnitud de lo ocurrido y la tarea no es fácil.

Para sorpresa de nadie, esos actores están respondiendo de manera muy contrastante al profundo cambio político y a sus posibilidades. En efecto, en los ganadores, domina el optimismo respecto del futuro, en los perdedores, la rabia, el dolor, el temor, la duda, la frustración, la impotencia, aunque pocos de entre ellos se muestran abiertamente pesimistas. En el ciudadano común, quizá prevalece un prudente optimismo

El Reino de los Indiferentes y los Enajenados.- Antes, durante y después del 2 de julio, una capa amplia de la sociedad mexicana simplemente se mostró indiferente frente a la cosa política. Los que no se empadronaron o por aquellos que lo hicieron pero decidieron no acudir al llamado de las urnas —la friolera de 21.2 millones de personas— se muestran ausentes o desencantados de los asuntos políticos, inmersos

en la búsqueda individual de su salvación o tan radicales, desconfiados y descreídos de la utilidad de la vía electoral –un ejemplo son los jóvenes del Consejo General de Huelga de la UNAM--, que se abstuvieron de presentarse en las urnas como una forma de protesta consciente o inconsciente contra el viejo o contra el posible nuevo sistema político. Así, por razones que de tan diversas son opuestas --van de los efectos de la marginalidad a la apatía al radicalismo revolucionario--, esos mexicanos que no participaron en el proceso político institucional, no ven en los partidos y sus juegos electorales significado alguno o, peor aún, los consideran distracciones reaccionarias que desvían la energía colectiva del cambio real. Aquí, hay, desde luego un problema a resolver.

Los Opositores que Ganaron.- En el lado opuesto del espectro están esos 16 millones de mexicanos mayores de edad que el 2 de julio decidieron informarse, llegaron a una decisión y votaron por la Alianza por el Cambio, y son muchos más que los panistas, los “verdes” o los “Amigos de Fox”. Desde su perspectiva, su acción no sólo fue útil sino francamente histórica, pues esta vez sí obtuvieron lo que buscaban: ¡el cambio!, cambio del partido en el poder, alternancia por la vía pacífica, fin del sistema autoritario con raíces de más de ochenta años.

Se trata de un grupo pluriclasista pero donde se encuentra el grueso de la clase media. Los que apoyaron a Fox, parecieran experimentar hoy una sensación de alivio y, sobre todo, de satisfacción con ellos mismos y con el país en general. Los que votaron por la oposición conservadora y ganadora, consideran que gracias a su acción colectiva, culminó muy bien un proceso de cambio político que se inició desde hace largo tiempo y de mala manera –ese inicio fue la rebeldía navista de San Luis Potosí, la estudiantil del 68, la sorpresiva victoria panistas de Chihuahua en el 83 seguida del

fraude del 86 o la insurgencia electoral nacional del 88 y que fue ahogada mediante otro gran fraude-- pero que el próximo 1° de diciembre culminará poniendo fin el a esa humillación permanente que significó tener, por un lado, una constitución democrática y con contenido social pero, por otro, una realidad sistemáticamente antidemocrática, de injusticia social institucionalizada, y donde el escenario fue ocupado por una clase política autoritaria, corrupta, e irresponsable.

Priístas.- En el extremo opuesto y en contraste natural con los sorprendidos ganadores, hay otro grupo tan heterogéneo como el anterior y que, en conjunto representa poco más de un tercio del total de los votantes (13.6 millones de personas) que dio su apoyo al PRI. Una parte de ellos votaron movidos por el agradecimiento por las lavadoras portátiles, las bicicletas, las láminas, el alambre, las despensas o dinero que algún aparato del PRI les dio. Otros, no sabemos cuantos, votó por temor, producto de su indefensión y desinformación, de que efectivamente la autoridad pudiera saber cual había sido el sentido de su voto. Finalmente, están los priístas convencidos, pues los hay. En estos últimos, entre los de a pié, es donde la consternación y la frustración son genuinas, pero la furia desbocada se concentra realmente en los auténticos perdedores, en los dirigentes (como ejemplo, véase la entrevista a Manuel Bartlett en La Jornada del 7 de julio).

Los medios de comunicación de estos días han registrado la variedad de reacciones de la clase política priísta a la que el voto popular le quitó no sólo el poder sino, sobre todo, el sentido de futuro. Están coléricos, desorientados y desamparados pero, sobre todo, se dicen traicionados por su jefe nato: el Presidente de la República, al que le dieron siempre obediencia ciega a cambio de la seguridad del monopolio del poder.

Incapaces de asumir que ellos han sido los arquitectos de su fracaso actual, los dirigentes priístas dicen ver en Miguel de la Madrid, en Carlos Salinas y Ernesto Zedillo --los odiados “tecnócratas” que arrancaron a los “políticos” la dirección del país después del estrepitoso fracaso de Luis Echeverría y José López Portillo--, el origen de una conspiración neoliberal para acabar con el PRI. De ellos bien se puede decir que hoy se lamentan despechados lo que no supieron defender en su día como líderes de un supuesto partido “revolucionario” pero “institucional”.

La Otra Oposición.- Finalmente, están los seis millones y cuarto que dieron su voto a Cuauhtémoc Cárdenas. Según lo declarado y escrito por personajes representativos, la dirigencia del PRD ha reaccionado con beneplácito por el fin de régimen pero con sorpresa, decepción, amargura y enojo al hecho de que su candidato quedó en un lejano tercer lugar, con sólo el 16.6% de las preferencias. Su reacción un tanto negativa ante el significativo cambio de régimen, se debe a que la oposición victoriosa no fue la suya, a pesar de haber sido Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD los que llevaron el mayor peso en la lucha opositora a lo largo de dos sexenios neoliberales. La historia, en la que tanto confía la izquierda, resultó nuevamente injusta y le dio el triunfo a “la otra” oposición, a la de derecha, a la enemiga histórica del cardenismo, a la representada por un PAN que en varios momentos clave del enfrentamiento con el presidencialismo y el PRI, prefirió llegar a un acuerdo con el enemigo y dejar que la sangre, el sudor y las lágrimas, corrieran por cuenta del PRD y de la izquierda.

Las elecciones presidenciales del 2000 sólo le dieron la victoria al PRD en Michoacán. La izquierda perdió incluso en estados gobernados por perredistas. En la Cámara de Diputados, la fuerza del PRD disminuyó en más de la mitad y en la

Asamblea de Representantes del Distrito Federal dejó de ser la fuerza dominante. En suma, el golpe fue fuerte. Las reacciones agrídulces en las filas del perredismo ante el camino que tomó este fin de régimen son comprensibles, pero deben de ser superadas de inmediato. Hay que analizar lo que sucedió y, sobre todo, imaginar lo que puede y debe hacer la izquierda en un régimen democrático, dominado, sí, por la derecha, pero por una derecha que, hasta que no se demuestre lo contrario, es distinta de la que venía gobernando desde los años cuarenta, es democrática.

En estos días, se ha citado varias veces al profesor que fuera de la Universidad de Chicago, Adam Przeworski: “la democracia es un sistema en que los partidos pierden las elecciones” (*Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, 1991, p. 10). El que esa pérdida pueda llevar al PRI a un debilitamiento irreversible, a su división, feudalización a manos de los “señores del sureste” (Madrazo y compañía), a su transformación con otras siglas, colores y naturaleza o a su desaparición, no significa que el destino del PRD será similar. La naturaleza de una organización que no nació con el poder en las manos sino con el poder en contra, que resistió el embate sistemático del régimen autoritario, es lo opuesto a la del PRI. Su destino, por tanto, debe ser distinto, pero para ello debe antes reconocer errores y debilidades y actuar en consecuencia.

Los seis y pico de millones de votos perredistas (un poco más si se cuentan los que no cruzaron el símbolo del sol azteca para la elección de presidente pero lo hicieron en la de diputados y senadores, los del “voto útil”) son los propios de un bloque duro, que ha resistido a enemigos para los que no existieron barreras legales o morales en el esfuerzo por destruirlo. Sin embargo, la incesante lucha de facciones dentro del PRD

desembocó en maniobras indignas de sus sacrificios y de sus muertos, como fueron la suciedad de sus elecciones internas, lo que le restó legitimidad en un momento crucial.

La dureza de la lucha que han llevado desde 1987, la seguridad de que son ellos y sólo ellos los representantes del verdadero interés de la mayoría –resabios de la concepción marxista de la historia— y su fe en las concentraciones –en su tamaño e intensidad-- como indicadores verdaderos de las tendencias del voto, hizo que los dirigentes del PRD desdeñaran sistemáticamente las señales de peligro que desde el inicio hasta el final les mandaron las encuestas, y esa señal era que estaban en tercer lugar, que debían modificar su discurso y estrategia.

La dirección del PRD, como la del PAN, prefirió ir sola a la lucha contra el PRI – los partidos “aliados” de cada uno, fueron irrelevantes-- y no llegar a un gran acuerdo opositor a pesar de que una parte mayoritaria del electorado veía con buenos ojos esa posibilidad. Con todos los indicadores disponibles en contra, el PRD decidió equiparar o incluso ver con peores ojos, a la derecha democrática –el foxismo— que a la derecha corrupta, brutal y autoritaria del PRI. En las semanas anteriores al 2 de julio, el discurso perredista, al atacar la idea del “voto útil” propagada por Fox y acusar al candidato de la Alianza por el Cambio de vendepatrias e incluso de criminal, simplemente ya no se distinguió el discurso perredista del priísta. Esa política fue un error producto de cierta arrogancia: el cambio era en los términos del PRD o no era cambio. El sentir mayoritario no correspondió a esa definición.

Que Vicente Fox y el PAN son la derecha, es cierto, pero son una derecha muy diferente del PRI. La izquierda debe reconocer la legitimidad y las razones del voto que le dio la mayoría relativa al foxismo y adecuar sus instrumentos de lucha a la nueva circunstancia. El PRD puede y debe ser el interlocutor más articulado, racional y

constructivo de la presidencia foxista pues, después de todo, la democracia recién adquirida es en gran medida resultado de la larga lucha del PRD y de su líder moral, una lucha que, como lo admitiera el propio Cuauhtémoc Cárdenas, es de largo plazo y de largo aliento.

Nota: esta columna se toma tres semanas de vacaciones, para retornar en agosto.